

El genial poeta Pedro Antonio González

Uno de los poemas más notables que he leído una y otra vez "es el monje" de Pedro Antonio González. La forma genial como el poeta americano lo mixó con lo fantástico, su virtuosa inspiración, la belleza de un lenguaje excepcional, real mente communica y delatan a la voz. Cada verso y estrofa es la manifestación viva de un amor suelto, de un encanto que se identifica con lo sobrenatural y se adentra en la mente y alma del cotidianista, un joven monje. Al final de la hermosa poesía, el poeta baja el telón del escenario lírico-dramático en medio de un desenlace sutil y al mismo tiempo patético.

Pedro Antonio González nació en una aldea cercana a Cusco el año 1866, falleciendo a la edad de treinta y seis años. Sobre sus obrar y su vida el escritor Armando Denico destacó la riqueza de su lenguaje público como magistral. En uno de los costados de la Plaza de este pueblo en un monolito de piedra está grabado su lustro nombre, y una de las calles principales recibe su memoria. Pero el genial verso verdaderamente merece un

monumento en piedra en ese principal paseo público.

Para una mejor ilustración de esta bella poesía, no extractado de ella los siguientes fragmentos: "Noche no turba la quietud profunda con que el claustro magnífico reposa, más que el rumor del aura mortuaria que en los cipreses ibéricos solota. Muerte, a freno, la cabecita baja, negro fantasma que la fiebre crea cadáver medio arrugado en su mortaja, un monje por el claustro se pasea. Es joven es su edad la del alegre, la del himno, el consuelo y el disfrute, en que es tenso azacache el buce negro, en que es oro brío, fiado el hueso en ruina. Sin conocer placeres ni penas, se aleja del hogar siendo muy niño, y fue a parar al pie de los altares un corazón mío pero que el amarillo.

Un día vio en el templo de rodillas, desde el tricilio del solemne coro, una virgen de pálidas mejillas, de pupilas de cielo y trenzas de oro. Cuantas veces orando en el sarcófago no se veía flotar en su ancha vira, envuelta en el espíritu del incenso, su fantástica sombra fugitiva. ¿ Por qué, sin te casa el combate, el alma abierta que a la cumbre vuele, o viéndolo tu espíritu, y se acude cuánco la tristeza come en rebata? ¿ Por qué lucido de borrosa loca la conciencia vacila y gime y calla, cuando el brutal instinto la provoca a sostener con él dura batalla. Es la visión de la mujer que adora, que con su cumio pone su alma en guerra, que lo asalta la noche una hora, que lo hace al cielo penetrar la tierra.

Sigue la humilde aldea... la cura amanzo que cumple su misión con santo anhelo y en cada feligrés ve a un hermano mío, que Dios le ordena conducir al cielo. Mas ya no puede soportar la carga de su acor de apóstol y profeta. El peso de la edad ya lo abatiza, ya toca el fin de su vida inquieta. Le dice al monje: corsa tu el baluarte de la gracia que Dios puso a mi cuidado. Tu acompañarás el eucarístico calizante que yo abandono porque estoy cansado. El monje le oye, obedece y calla, y con fervor a la labor se entrega y mayor goce en la labor el nata, mientras mayor abnegación os aplica.

En la capilla de la aldea toca, denso gentío ce-
lularísimo lleno se agita como un pliegue que enroca a la luz del respliego su seno. Ante el altar el monje se cubre, lleva el manto, la mitra triste, soltó al gran
tutu lo que se ampara, en cuento entorno existe. Avanza
al altar con pie seguro y nefejando en la pupila al cielo, un apretón nuboso de triste nubio y una mira gorda
de blanco velo. El monje la contempla un corto instante
con el sonoro y supremo pensamiento de quién se ve de
súbito delante de la inmensa perdida del abismo. Y en la cálida flor de nieve y rosa, y los bucles surcos y
señosos, y en el tallo de palmera de la caposa, el descubre
la virgin de sus sueños.

Se asombra, se transporta, y a lo lejos, desde el misticoo altar al lecho calido, ve marchar bajo un nimbo de reflejos una novia gentil y un novio pálido. Y el soplo de color con que está en guerra, siente su sangre transformarse en hielo, y su voz se pierde en la tierra, sobre su frente derumbarse el cielo. Y entonces, ¡Ay!, a su pupila asoma la noche allá en su espíritu recordada, y al pie de la santa se despoma, rígido el cuerpo, la razón perdida".



Willy Gajardo
Gajardo.

El genial poeta Pedro Antonio González [artículo] Willy Gajardo Gajardo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gajardo Gajardo, Willy

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El genial poeta Pedro Antonio González [artículo] Willy Gajardo Gajardo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)